



PERFILES DE UNA CIUDAD

Albacete, la ciudad desnuda

Juan Carlos Gea

Lo que redime a Albacete es su aire. Toda ciudad tiene contraída una deuda original con el légamo oscuro de su propia historia, a veces en sentido metafórico, a veces en un sentido mucho más real; y toda ciudad contiene también —aunque sea en dosis mínimas— su particular elemento de condonación ante el pecado original en el que se funda. Quizá sea aquél tan parvo como los justos de Nínive a los ojos de Dios, pero suele ser bastante para el menos riguroso rasero de los hombres.

En el caso de Albacete, decir que los basamentos de la ciudad —y su pasado— se hundan en un suelo fangoso no constituye enteramente una figura literaria: la vulgaridad urbanística de la villa actual se sobrepone, literalmente, a un enorme lago subterráneo, de aguas duras y muy calizas, que hasta no hace muchas décadas afloraban a la superficie en una red de ciénagas malsanas. La historia de Albacete registra, de cuando en cuando, alguna devastadora epidemia a causa de estas aguas que los ingenieros drenaron el pasado siglo. El agradecimiento de la población y la importancia de la obra de saneamiento quedan claros si se piensa que la actual calle de Tesifonte Gallego, nervio central de la ciudad, ostentó durante algún tiempo el nombre de Val General y que aún ahora, por ironías de la comercial (conviene recordar que en Murcia y su antigua zona de influencia, un val es un albañal, un cauce por donde corren las aguas no precisamente lustrales de una población). Como se ve, la ciudad no reparó en gazmoñerías a la hora de rendir honores al saludable colector, dignificándolo como en otros lugares se ha hecho con un caudillo militar, un desvelado prócer, un eximio poeta local o un accidente del terreno que sirviera de imbatible barbacana en cierto memorable asedio.

La ciudad actual vive, pues, sobre esa bolsa de agua dormida. Ese es seguramente su único secreto, lo que nadie podría adivinar en un primer vistazo. El resto está ante los ojos, revelado por la franqueza del aire; un aire de transparencia feroz, cruelmente cristalino, que no sabría ocultar nada si algo hubiese que ocultar. La visión de la ciudad para el viajero en tránsito acusa esa falta de pudor de la atmósfera: cuando se viaja, por ejemplo, desde la Meseta a Levante por la nueva autovía o a través de la línea de ferrocarril —el límite norte de la villa, de una nitidez igualmente inflexible— no hay calina ni

bruma ni nube de suciedad fabril que sustraiga al transeúnte ni un detalle del perímetro: el chato barrio de Las Cañicas, los crudos rascacielos de ladrillo oscuro del Polígono de San Antón, la pobreza cordial del Cerrico de la Horca o La Milagrosa, las últimas y aún desangeladas prolongaciones de la ciudad en la zona del Campus Universitario, con el puro arcaísmo del Mortero o el barrio de San Pablo al fondo. Todo el caparazón externo de Albacete, que no es precisamente hermoso, queda a la vista, desvelado en el aire, engastado en la llanura como una joya de gusto discutible que su propietaria mostrase menos por voluntad de ostentación que por ausencia absoluta de complejos: «Esto es lo que poseo; esto es todo lo que hay».

Este fenómeno de pura exhibición —que Albacete comparte sólo con las escasísimas ciudades que no tienen mar que cocine calinas, río que arroje brumas o industria en abundancia suficiente como para generar un astroso velo de «smog»—, se repite en el interior de la villa con idéntica crudeza. La ciudad no es tímida ni se envuelve en tules por malicia o coquetería: la ciudad está desnuda, y el paseante no podrá ignorar ni un detalle de las calles por las que deambula, pues también el aire las tiene abiertas de par en par. Ni la enternecedora mezquindad de la calle Mayor, ni la geometría pequeñoburguesa y más bien depresiva del ensanche desde la Feria al parque de Abelardo Sánchez, ni los ajenos implantes de jardín inglés que salpican los barrios desde hace unos años, ni los reductos maquillados del viejo poblachón que aún quedan en pie en la extinta Huerta del Sol, tutelados ahora por las torres de un progreso que les mira de reojo: nada se cubre porque de nada cabría avergonzarse.

Tampoco hay lugar para la nostalgia de un pasado, glorioso o recoleto, que hubiesen triturado las ruedas engranadas de la historia. El aire parece franquear también la puerta de un pasado simple y sin túmulos. Si Albacete se ha entregado al progreso, sea éste lo que fuere, lo ha hecho sin resignación y sin prejuicios (y yo diría que también sin gran conciencia de estar haciéndolo). A la ciudad no le ha costado mucho trabajo dejarse llevar por el dudoso galán en este baile porque no había demasiado que vulnerar, que desflorar o de lo que desprenderse.

Los dos núcleos originales de la población —los cerros



PERFILES DE UNA CIUDAD

gemelos de Carretas y el Alto de la Villa— depusieron las armas sin aspavientos. El primero ha ido cambiando muy paulatinamente, y el segundo cayó de un sólo golpe. Aún recuerdo con cierto escalofrío el cráter anegado que se abrió como por ensalmo hace no tantos años en el Alto de la Villa, donde antes la ciudad se ondulaba en un otero cuyos lupanares le dieron una fama —parece ser que justa— entre los tratantes de ganado o de paños catalanes, los chalanos y otras aves de paso. Las máquinas supieron taponar aquel socavón con tanta presteza como lo habían abierto, y la herida cerró en una costra de ladrillo rojo y perfil imposible, cruzada de rampas de hormigón, que ostenta el temible y también sincero nombre de Villacerrada. Sólo el depósito del agua de la Huerta de Marzo recuerda el perfil, un tanto siniestro, de su sosias en el Alto de la Villa. Salvo este dato compartido por aquellos que aún conocimos la barriada, el resto de los escasos símbolos de la ciudad siguen en pie, visibles e

interpretables para cualquiera sin necesidad de descerrajar los siempre incómodos portones que guardan la memoria de una colectividad ajena.

De manera que el signo de la relación con esta depende al final, estrictamente, del trato indelegable del visitante o del lugareño con lo único que el aire no acertará nunca a mostrar: el opaco corazón de sus habitantes y aquello que sucede detrás de los muros. Así como hay ciudades que nos cautivan a pesar de quienes las pueblan, el aire no permite que en Albacete se verifique esa estafa: al final, la memoria, el afecto, el odio o el olvido recaerán, como es de ley, sobre quienes lo hayan sabido merecer o sobre aquellos para quienes los hayamos sabido conquistar. Quien quiera medir la piel de la ciudad puede hacerlo en dos días, porque se muestra desnuda, sincera, despejada. Quedarse o partir después será cosa del viajero, pues Albacete no intentará ninguna torpe argucia para retenerlo ni tampoco para expulsarlo. ■

El desarrollo urbano de Albacete

Miguel Panadero Moya

Departamento de Geografía y Ordenación del Territorio. UCLM

Albacete es la mayor ciudad de la Región (141.178 hab., a comienzos de 1994) y una de las más dinámicas. Entre 1975 y 1986 incrementó su población rápidamente (2,2% de crecimiento anual) debido a la paralización de la emigración tradicional de los adultos jóvenes de su provincia hacia otros destinos, y al pequeño reflujo inmigratorio de retorno. Desde 1986 hasta hoy, a pesar de que la tasa de crecimiento se ha reducido bastante (1,4% sólo), su desarrollo sigue estando por encima del promedio regional. Para regular las necesidades de suelo generadas por este crecimiento se aprobó en 1985 un Plan General de Ordenación Urbana que permanece vigente, aunque en trámite de revisión para adecuarse a las prescripciones de la Ley del Suelo y a las nuevas demandas derivadas del aumento de su población. El desarrollo urbano reciente de Albacete se aprecia tanto en el interior del núcleo como en la periferia.

La preocupación por la disponibilidad de suelo industrial ha sido constante. Campollano, el primero de los polígonos de este uso se instaló en las afueras, al oeste de

la ciudad. Su alto porcentaje de ocupación justificó la propuesta de un nuevo polígono en el paraje de Romica, al norte de Albacete. Ambos son ejemplos fehacientes de la dinámica urbanizadora de este signo que se produce en las inmediaciones de la capital. En ese mismo sector han adquirido también extraordinario protagonismo las infraestructuras del transporte. La ciudad ha debido integrar en su organización los espacios acondicionados para la construcción de un tramo de la autovía del Mediterráneo. Su trazado incorpora numerosas intersecciones a distinto nivel, con enlaces y voluminosos puentes que limitan el desarrollo de esta parte de la ciudad. Estas obras públicas han mejorado las condiciones generales de la circulación; pero a su vez también han acabado con una fuente de recursos muy importante para la economía urbana local, las actividades relacionadas tradicionalmente con los servicios del transporte cuyo deterioro contribuye al del entorno de su ubicación. Los proyectos de mejora de la accesibilidad interurbana de Albacete no se detendrán hasta que se construya por el sur